FUNDACIÓN menudos corazones

II Concurso de Relatos Breves

Del corazón al papel

Relato Ganador Categoría Juvenil

"El hijo de Baltazar"

Autor: Jorge Martín

Saagar era el hijo de Baltazar, príncipe de los tritones atlantes y poderes cambia formas. A pesar de su poder, tenía problemas de corazón. Las aletas de los brazos y piernas le permitían nadar a largas distancias, pero su corazón era débil y no nadaba. Le gustaba jugar con otros niños, pero cuando los demás niños atlantes iban a nadar, él se quedaba en el palacio, jugando con sus juguetes. Así fue desde su nacimiento. Iba muy seguido a los médicos de su padre y le recomendaban como hacer su día a día, e iba a un lago menos peligroso que el mar. Pero no le gustaba. Un lago tenía un agua tranquila y limpia, no como el mar que rompía las olas en las playas de arena blanca y luego volvía a los océanos llenos de peces y bestias.

Al menos, caminar por el Reino de Atlantis no se lo impedía su enfermedad. Le encantaba perderse por los callejones de los edificios de forma de arrecife de coral y correr hasta las murallas que protegían el reino y hablar con los guardias. Le contaban historias de las ciudades de la superficie, y tenía una idea aproximada de cómo era esa civilización, más primitiva que la de su pueblo. Aunque los guardias siempre temían una invasión. Al igual que los médicos. Temían aquella posibilidad por no tener las herramientas necesarias para cuidar al hijo de su príncipe, miembro de la dinastía Atlante y heredero del trono. En cambio, a Saagar le ponía más nervioso los posibles peligros del interior de la ciudad, capaces de romper los edificios tan bonitos que tenía. A veces su padre tenía que lidiar contra rebeldes que pensaban ideas contrarias a la suya y otras veces discutía con su madre Maia. Maia, un tritón naranja, comentaba que la única solución que tenía eran desterrarlos de la ciudad o incluso matarlos. Pero Baltazar, de unos colores azulados y con una corona de algas encima de su cabeza, sostenía que la vida de los atlantes era lo más importante, a pesar de su mal comportamiento. Aparte, quería solucionar los problemas del reino para poder llevar a su hijo a un lugar seguro y que manos humanas le curasen. Una apuesta arriesgada para un príncipe. En una de esas discusiones tan acaloradas, se escuchó una explosión

en Palacio y Saagar se desmayó. Se despertó en medio del océano, rodeado de treinta atlantes. Tuvo que aprender a nadar. Le costaba por culpa del corazón, pero se esforzaba cuanto podía. Pero hubo un momento que no pudo nadar más y Baltazar tuvo la idea de ir a un río cerca de los humanos y esperar a que un médico le curase.

Maia conoció a uno de un hospital cercano. Se llamaba Jaison, un cirujano cardiaco, experto en enfermedades de corazón en humanos, con una experiencia incalculable.

Fue a presentarle el caso de su hijo. Estaba muy nerviosa. Había tomado forma de humana, pero sus poderes no funcionaban bien en estas situaciones. En la sala de espera del hospital, sus manos cambiaban, tomando la forma de un anfibio, y se arrepentía de no haber traído guantes. Su color de piel variaba los tonos anaranjados y las escamas se dejaban a relucir y en su cara aparecían unas branquias de pez. Cuando el doctor abrió la puerta número 26 y la llamó, su aspecto volvió a ser el de una humana. Jaison llevaba una bata de laboratorio, y al entrar, se colocó delante del ordenador para escribir. Mantenía los ojos fijos en el ordenador y escribía informes a una velocidad endiablada.

— ¿Tienes algo que contarme?

Maia se sentó en la silla, con las manos colocadas encima de las piernas. La mano derecha aún tenía un toque naranja. Observó la consulta, con una cama empotrada al lado de la mesa, unos títulos de medicina colgados de la pared en una estantería y varios instrumentos de cirujanos dispersos por la sala. Nada de eso le serviría a ella si necesitara una operación. Ni a su hijo. Cogió su bolso y le acercó un sobre marrón que contenía una radiografía realizada por los médicos de Atlantis.

— Es una operación difícil. Es un niño, mi hijo, de unos diez años y acaba de llegar a la ciudad. Ya sé que no he venido nunca a este hospital ni soy de aquí, pero necesita la ayuda de un profesional como usted.

— Has hecho lo correcto, Maia.

Echó un vistazo al contenido del sobre y extrajo de él una radiografía. Era la radiografía del pecho de un niño. Se levantó, y por un segundo, vio cómo unas escamas naranjas aparecían en la cara de la mujer. Parpadeó varias veces y volvió a la radiografía. Encendió la luz del negatoscopio. Colocó el negativo y una luz azul iluminó la placa.

— El niño padece problemas de corazón. Habría que investigarlo a fondo. Necesita ser intervenido en breve. Oye, aquí se ve algo extraño: ¿eso no son como las branquias de los peces? Tiene como tres hendiduras en cada lado. ¿Este niño tiene más de un problema?

Maia se tapó las manos con las mangas y se levantó. Alzó la vista y vio cómo Jaison apuntaba los dos lados del pecho del niño. El tritón fue directo hasta él, cogió la radiografía y la guardó en el sobre.

— Ya has visto suficiente —se excusó — . No debería de haberte dejado ver la radiografía de mi hijo. Haces muchas preguntas.

Jaison observó a Maia, indignado.
— Es más grave de lo que parece, ¿no? Por eso estás tan nerviosa. Si me cuentas lo que verdaderamente pasa te podré ayudar mejor. La radiografía no es tan normal. Parece un ser de otro mundo — se río entonces.
— Creía que te ibas a tomar en serio este caso, pero veo que no.
Maia se levantó, dejó la radiografía en la mesa y comentó:
— Te dejo el documento para que te lo pienses — fue directa a la puerta y cerró con un portazo.
El cirujano se quedó con la boca abierta. Era la primera vez que veía a una madre tan alterada. Se quedó un rato mirando la radiografía. ¿Quién podría ser aquel niño? Observó la placa con una lupa y se percató de unas marcas de escamas en las esquinas. Asustado, guardó el material en un cajón. Volvió a su cotidianidad, escribiendo informes y recibiendo pacientes. Pero ninguno como el niño de Maia. Cuando salió del hospital, volvió a pensar en la operación. Sobre los avances científicos, sociales y éticos que supondría descubrir una especie así. ¿Sus aparatos podrían curarle? Se acordó de los mitos de la Atlántida y Lemuria. En su casa, regresó a su horario normal y se olvidó de aquellas tonterías. Pensó en la posibilidad de que fuera una broma de sus compañeros. Encendió la televisión, se hizo la cena y se durmió. Los pensamientos sobre viejos mitos no invadieron de nuevo su mente, pero al lado de su casa, muy cerca del río, dos cabezas asomaron fuera del agua. Eran dos humanoides con cara de pez y acabaron mezclándose con la realidad de la vida cotidiana. Se trataba de los tritones, en concreto de los padres Saagar: Baltazar y Maia. Las dos criaturas eran un macho y una hembra. El príncipe de Atlantis sostenía en sus brazos a Saagar. El niño tenía una respiración entrecortada. Al lado, la hembra de tonos anaranjados apuntaba su vista a la casa. Cerca se encontraba la casa de Jaison, un edificio alto de diez plantas. El cirujano vivía en la planta octava. Otra de las habilidades que poseían los tritones, era la de pegarse como ventosas en las superficies planas y así, escalar paredes y montañas. Maia y Baltazar escalaron la casa hasta la ventana donde se encontraba el salón de Jaison. El médico descansaba en su habitación y la radiografía estaba encima de la mesilla de noche. La enfermera fue a despertar a su compañero. Fue entonces cuando la vida de Jaison dejó de ser cotidiana. Al abrir los ojos, lo primero que vio fue una cara con escamas y branquias. Se levantó corriendo y fue a agarrar un lápiz de su escritorio.
— ¡Demonio, fuera de aquí o te juro que te apuñalo!
— No soy un monstruo, soy la madre que ha ido a verte está mañana, Maia —. Se irguió y la hembra enseñó su cuerpo que era muy parecido a la forma humana salvo por las escamas. Jaison se relajó y recordó la radiografía.
— ¿Maia? ¿Quién era el niño de la radiografía? ¿Un ser cómo tú? Tenía razón. ¿O estoy soñando?

— Es muy largo de explicar. Lo más probable es que estés soñando. He visto que has estudiado la radiografía.
— Sí, pero no creo que existan los hombres pez. Ya sé que te tengo delante, pero debe de ser un sueño.
— Sí, es un sueño, ¿tendrías algún reparo en operar en sueños? — Jaison se quedó en blanco. No tenía nada que decir. Todo aquello parecía tan irreal...
Entonces, escuchó la respiración entrecortada de Saagar y fue a la sala de estar. Estaba en el sofá y tosía. Tenía el mismo aspecto de su compañera, pero más pequeño.
— ¿Tengo un niño pez en el sofá? ¿Está enfermo? Lo siento mucho, eh...
— Baltazar. Soy el rey tritón de los Atlantes ¿Podrás operar a mi hijo? Está enfermo de corazón. Maia me dijo que podrías ayudarnos.
— Sí, sí, puedo. Pero no tengo los materiales ni nada.
— Ahora los traigo — , anunció Maia.
— Creía... Creía que esto era un sueño. Bueno, tampoco estoy seguro de poder negarlo. ¿Es cierto que existen los tritones? Entonces existirán los krakens u otras criaturas marinas. ¿Por qué nos ocultan su existencia?
— Mira, tú pídeme los objetos que necesites y yo te los traeré. Son parecidos a los que usas en el hospital.
Maia llegó con una bolsa y sacó unos aparatos médicos de aspecto antiguo. Respiro hondo. Baltazar podría contar nuestra historia.
— ¿Estás seguro de que puedes curar a mi hijo?—
— Sí, pero al ser un tritón, lo veo complicado, pero se intentará. He estado ayudando en muchos casos que, si no hubiera sido por la intervención hoy no estarían vivos. Pero ¿seres mitológicos? Eso nunca lo había hecho ni visto —. Baltazar puso una mueca rara y Jaison cambió de conversación.
— Tú hijo es muy valiente, ¿sabes? — Baltazar no contestó.
La operación fue dura. No pudieron ir al hospital y tuvieron que operar en el piso. A Jaison le costó habituarse a utilizar los instrumentos atlantes, pero fue aprendiendo poco a poco. A su vez, Baltazar fue contando la historia de cómo habían llegado hasta allí. En un momento dado, le saltó una lágrima y tuvo que parar. Les alcanzó el amanecer y el sol les envolvió en la luz. Cuando Jaison terminó de coser se fue al baño a limpiarse las manos y a desinfectarse. El niño tardó en despertar. En esas horas de tensión, Maia preparó una pócima con algas y agua salada y piedras brillantes. El niño de Baltazar se despertó con dificultad y Jaison le preguntó:
— ¿Cómo te encuentras?
— Bi...Bien... Creo.
— Parece estar curado, Baltazar. — Pero Jaison le recomendó que no hiciera largos recorridos durante bastante tiempo.

— Los niños tritones se recuperan rápido. No son humanos, recuérdalo. — Comentó Maia. El cirujano la miró perplejo.
— ¿Y la cicatriz?
— Un recuerdo.
Maia fue al doctor y le comentó:
— Tú tienes que descansar, pareces exhausto. Ten, bebe esto que te he preparado como regalo.
Jaison bebió el brebaje y tardó poco tiempo en entrar en un cansancio impropio de él. Con cierto mareo, tuvo que regresar a la cama sin despedirse de los invitados.
— Vamos, tenemos que irnos antes de que despierte, será como un sueño para él y pronto lo olvidará.
Maia aprovechó para recoger los objetos atlantes, incluyendo la radiografía.
A Baltazar le parecía un insulto irse de aquella forma de la casa como si nada hubiese pasado. Abrió la palma de la mano y lanzó un aliento gélido. Apareció un collar sujeto a una piedra con símbolos rúnicos. Fue a la habitación y lo colocó en la mesilla.
— Tendrás la protección de los atlantes para el resto de tu vida — profetizó en voz alta.
Jaison se levantó al anochecer. Tenía la sensación de haber dormido una semana entera y de haber estado soñando con atlantes, pero pronto el sueño se desvaneció. La ventana del salón estaba abierta y le llegaba olor a brisa marina. Fue a mirar la hora en el reloj de la mesilla y su mirada observó el colgante. Lo cogió, se lo puso en el cuello y toco con suavidad la piedra. La imagen de una vieja ciudad, sumergida en los mares del Norte, emergió en su mente, pero al alejar los dedos del collar aquella visión se desvaneció. Aun así, se sintió más fuerte y alegre para continuar el resto de su existencia.